

Capítulo once

CÓMO ARREGLAR LA FRONTERA

Unos hombres que fueron designados por nombre se levantaron, tomaron a los cautivos y vistieron del botín a todos los que entre ellos estaban desnudos. Los vistieron, los calzaron y les dieron de comer y de beber. Los ungieron, condujeron en asnos a todos los débiles, y los llevaron hasta Jericó, la ciudad de las palmeras, junto a sus hermanos.

Después regresaron a Samaria.

(2 Crónicas 28:15 NVER)

A medida que este proyecto de escritura termina, han cambiado muchas cosas, pero nada ha cambiado en esencia. Las comunidades de fe continúan estando profundamente preocupadas por las cantidades sin precedentes de muertes de migrantes en nuestros desiertos. Algunos están cansados, algunos están hartos. Algunas comunidades están buscando una nueva forma de ayudar, nuevas formas de protestar y nuevas estrategias para el cambio. Las denominaciones continúan discerniendo la historia de Dios entre los pobres. Las resoluciones y los ensayos de posicionamientos abundan. Los políticos como el senador de Arizona Jeff Flake, quienes alguna vez vieron la reforma con buenos ojos, ahora están concentrados en la aplicación de la ley. Aquí y allá comienzan a verse destellos de esperanza. Las pequeñas organizaciones sin fines de lucro y los grupos basados en la fe surgen para elevar juntos sus voces, conjuntar intereses y ser una voz moral para un país

que no logra entender las complejidades de la frontera en particular y de las políticas migratorias en general. Sin embargo, los resultados de las encuestas nos dicen que la gente quiere una reforma.

Los políticos federales y estatales compiten para ver quién puede ser lo mejor o lo peor para los migrantes. La mayor migración a Europa desde la Segunda Guerra Mundial, cuando tanta gente se clasificaba como “PD”, personas desplazadas, ha creado una política de miedo en muchos países, pero principalmente en EE. UU. Los gobernadores han estado tratando de decir a las organizaciones establecidas desde hace mucho tiempo y con apoyo público que no pueden continuar proporcionando servicios de reubicación a los migrantes de Siria, o quizás de cualquier otra parte. La legislación relacionada con los migrantes asciende en una cámara estatal, cae en otra, asciende en la cámara de representantes y se atasca en el senado.

Al igual que la guerra, la política de la raza, la globalización, la persecución religiosa, la privatización, el nacionalismo y mucho más continúa dividiendo a la opinión pública y polarizando a los electores; así, la necesidad de pensamiento religioso claro, bien afincado e imaginativo está creciendo. En mi opinión, uno no puede ver el éxodo sirio sin preguntarse en voz alta dónde está Dios. Para mí, la respuesta es clara; en medio de los migrantes, en las aguas donde se están ahogando los migrantes, en las naciones que los reciben y frente a nosotros, pidiendo ayuda. Por desgracia, las comunidades de fe con frecuencia descuidan su misión, en parte debido a que comunidades más grandes, en especial aquellas en las que habitan actores encargados de las políticas y la política, no la esperan. Hay mucho que necesita cambiar.

Aquellos con los que he trabajado en los ministerios de la migración han estado en una búsqueda para promover la seguridad de los migrantes y sus derechos a lo largo de una frontera que separa a dos países. Durante más de 30 años, he tratado de mantenerme concentrado en los esfuerzos que hay que proveer a los pueblos migrantes en muchas formas, pero también para proveerlos a mi país y tratar de arreglar sus sistemas deficientes.

En el sur de Texas, trabajé con personas que considerábamos refugiados políticos. EE. UU. los clasificó como buscadores de asilo político. En Tucson, trabajé principalmente con las personas indocumentadas. Ahora trabajo sobre

todo en aras de la seguridad de los migrantes y sus derechos, interactuando con universidades, organizaciones gubernamentales mexicanas y los grupos de derechos humanos.

A lo largo de estos años, veo que las comunidades de fe se han adaptado desde hace milenios a la presencia de extranjeros, residentes temporales, visitantes de todo tipo. Veo que siguieron el mandamiento de Dios de amar a esas personas. He visto que, en el proceso de amar a esas personas, los políticos pueden poner en riesgo la libertad religiosa. A los imperios no siempre les gusta ver a las comunidades de fe practicándola. Y las comunidades de fe no siempre han visto los límites ni la presencia del “otro” en medio como una afirmación importante de su misión y una invitación al ministerio para la gente.

La mayoría el tiempo, las comunidades de fe han entendido y respondido a la frontera con algún tipo de ayuda para desastres. Los humanitarios, algunos de los cuales trabajan fuera de la tradición de la fe, y otros no, han politizado deliberadamente las muertes, pero no con la frecuencia suficiente. Las denominaciones temen adoptar posturas públicas y criticar las locuras de la aplicación de la ley fronteriza o criticar la soberanía nacional denunciándola como la idolatría en la que se ha convertido. Las muertes continúan. Los humanitarios siguen levantándose para atender algunas de las necesidades. Sin embargo, veo que el trabajo de las comunidades de fe y de los humanitarios es enseñar al mundo cómo cuidar de sí mismo. No estamos haciendo un muy buen trabajo.

Lo que todos nosotros aún tenemos que cambiar son el conjunto de políticas que ponen las vidas de esos migrantes en riesgo. Cambiarlas requerirá entender que conviene al interés a mediano plazo de EE. UU. hacerlo. Se necesita una amplia coalición de intereses y actores políticos para avanzar hacia el cambio de políticas, las estrategias de procuración de justicia, la seguridad de los migrantes y la mejora de los derechos de los migrantes. Se necesita hacer mucho para elevar la condición de los migrantes que están viviendo en Estados Unidos. No hacerlo, es denigrar nuestra propia herencia. Debemos aumentar el número de formas legales –pero también morales– para que los migrantes vengan aquí. Uno no debería tener que elegir entre la familia y las finanzas, por ejemplo. Y hay mucho por hacer para el desarrollo económico en los países de origen de los migrantes.

Todo esto es para decir que la cantidad de temas que se cubrirán en una reforma migratoria integral parecen aumentar todo el tiempo. Sin duda, el interés propio y los imperativos morales conducen a Estados Unidos a reformar las leyes y prácticas relacionadas con el asilo político, la reubicación de los refugiados, el tratamiento de menores no acompañados, y la detención a corto y largo plazo, para nombrar algunos de los temas. Las comunidades de fe solían alzar los brazos y señalar a la Roma en la que Estados Unidos se ha convertido para México y América Central, y condenarlo por sus políticas inmorales. Los agentes fronterizos que suelen representar el primer contacto que los migrantes tienen con Estados Unidos necesitan profesionalización. Muchos de los cuerpos de ley, práctica y estrategia especializados, tales como la remoción acelerada, la “*Operation Streamline*” y la repatriación de vuelos necesitan re-examinarse.

Durante décadas, quienes en la frontera hemos dedicado parte importante de nuestras vidas trabajando por la justicia hemos gritado para que haya sesiones al respecto en el congreso. La única vez que el congreso parece dirigir alguna atención a la frontera es cuando los presupuestos para la aplicación de la ley están bajo consideración y la atención de los miembros individuales del Congreso se dirige a una sola cosa: la reelección. El congreso estadounidense presta escasa atención a los derechos humanos. Cuando un miembro del congreso hace una declaración, él o ella por lo general habla a la base, además está en campaña.

Los distintos grupos fronterizos y las comunidades de fe que se involucran con los migrantes tienen una voz moral que debería alzarse con frecuencia y fuerza. Las tradiciones, el talento, las perspectivas y las reflexiones de estas personas son su propio tipo de sabiduría y reflexión, pero su mera presencia y experiencia también justifican su presencia en la mesa para la discusión sobre la reforma. En el mismo lugar se encuentra situada la gente que compone a la sociedad civil en las comunidades a lo largo de la frontera. Tienen interés en los resultados de las reformas de la política migratoria. Tendrán un lugar importante en la implementación de cualesquier reformas que inevitablemente vengan.

Las comunidades de fe y la sociedad civil se cruzan en muchos lugares a lo largo de la frontera. Una comunidad de fe puede crear una organización sin fines de lucro especializada para que provea bienes y servicios a una población objetivo, mientras que un grupo de individuos y organizaciones de la sociedad civil local pueden convertirse, a lo largo del tiempo, en los más grandes contribuyentes financieros de la organización. También pasa y debe pasar de la otra forma.

Durante la implementación de la Ley de Reforma y Control de la Inmigración de 1986, tanto las comunidades de fe como la sociedad civil crearon lo que el gobierno llamó “entidades designadas calificadas”. Estas entidades proveían lugares de reunión, líderes calificados y voluntarios dispuestos. Ayudaron a la gente indocumentada a obtener sus documentos y practicar inglés. Trabajaron con el que entonces era el Servicio de Naturalización e Inmigración para organizar reuniones de funcionarios del INS con las personas indocumentadas en lugares seguros y neutrales. Muchísimos millones de dólares se recaudaron y muchas personas indocumentadas acabaron por obtener la ciudadanía. El esfuerzo de las entidades les ahorró a los contribuyentes enormes sumas de dinero.

Un día, a mediados de los ochenta, me senté y vi a un grupo de hombres de todas partes del mundo jugando fútbol en el pasto en La Posada Providencia en San Benito, Texas, donde yo y algunos jóvenes de Lubbock, Texas, estábamos haciendo unos trabajos de remodelación para las mujeres religiosas que dirigían La Posada. Había un doctor en matemáticas de San Petersburgo, Rusia; un refugiado político de Israel; un estudiante de Senegal; un exagente de la aduana de Argelia que hablaba seis idiomas; un padre y un hijo del sur de México. Esos son los que recuerdo. ¿Qué país no quiere a estas personas trabajadoras y altamente motivadas, ambiciosas, calificadas y viables como ciudadanos? En apariencia, la respuesta es que nosotros no. Sin embargo, estos grupos sin fines de lucro continúan su trabajo. Rescatan a unos cuantos con los esfuerzos de gente de todo el Valle Bajo de Río Grande por varias razones para unirse en los trabajos de la vida y el amor.

En Tucson, Fronteras Compasivas constituyó una intersección para la gente de todo el mundo. Los becarios provenían de varios continentes. Tuvi-

mos más de 15,000 visitantes durante los primeros diez años. Los migrantes llegaban de decenas de países. La gente política de todo el mundo venía a ver lo que estábamos haciendo y a escuchar lo que yo decía. Justo después de que la guerra aérea comenzó en Irak esta última vez, le pedí a un matrimonio de abogados de la India que trabajaban defendiendo derechos humanos, y que estaban de visita y estudiando, que me dijeran qué pensaban. El marido me respondió de inmediato: “Es fácil. Estados Unidos está expandiendo sus mercados”. En la confluencia de internacionales en la frontera, puede parecer más sencillo ver las cosas como son. Algo en este desierto puede ayudarnos a entender algo en otro muy lejano.

Del mismo modo, algo que ocurre en todo el mundo puede ayudarnos a ver las cosas de manera totalmente distinta. La muerte de un ganadero o la de un agente de procuración de justicia desencadenan una reacción en los ciudadanos que no tiene parangón con las verdaderas amenazas e incidentes similares en lugares interiores como Denver o Louisville. La mayoría de estas muertes se asocian con una tonta guerra contra las drogas que necesita terminar.

La forma en la que vemos las situaciones, a la gente, las fronteras y la política, importa. La frontera tiene todo que ver con los demás, con la alteridad (la otredad), la raza, la jurisdicción, la autoridad y el poder. Muchos sociólogos informan que a las 11 de la mañana, los domingos, es la hora más segregada en Estados Unidos. Quizá sea cierto. Sin embargo, es importante observar que, en esos lugares, se habla de todas esas cosas, se reza y se sopasan a la luz de tradiciones religiosas que se extienden a lo largo de milenios. Las religiones “del libro” tienen lo que los académicos llaman “fijación al texto”. La cultura cambia, pero no las Sagradas Escrituras. Hay capacidades fenomenales en las comunidades de fe para hacer algo sobre las políticas migratorias con los recursos que ofrecen. Desde una perspectiva de la fe, la frontera no debería segregar a nuestra nación.

Durante el “Movimiento de Santuario”, las comunidades de fe trascendieron las diversas fronteras e hicieron el trabajo de la gente, el trabajo de Dios y el trabajo de la justicia. Hay una urgencia importante para hacer lo mismo hoy.

Sin embargo, para hacer el trabajo y proveer las intersecciones en los desiertos de nuestras vidas donde ocurren los milagros, tenemos que estudiar las hipótesis, las prácticas y las políticas de muchos actores y grupos divididos, a fin de satisfacer las necesidades de la gente.

A los funcionarios electos les gusta el poder y les gusta continuar electos. A los líderes de los Tohono O'odham les gusta sentirse atropellados por el mundo exterior. A los medios les gusta encontrar una molécula a partir de la cual explicar todo el compuesto. Las comunidades de fe son diversas, pero pueden ponerse de acuerdo en los mismos programas de acción.

Este libro hace un llamado a la gente de buena fe (a partir de una definición religiosa, política y/o jurídica) para compartir con el mundo sus deseos de ayudar a los pueblos desesperados, para iniciar y sostener amplias narrativas públicas, para tomar el camino largo hacia una política transformadora, y ello sin obstaculizar de manera drástica el trabajo del país.

A finales de 2010, leí en *The Monitor*, un periódico del sur de Texas, un artículo que mostraba el impulso de las organizaciones sin fines de lucro en el trabajo relacionado con la política migratoria. Los miembros de la Asociación de Abogados de Estados Unidos fueron a visitar la organización sin fines de lucro que provee servicios jurídicos llamada ProBar, que ofrece sus servicios a quienes buscan asilo político y que se quedan en La Posada Providencia. En 2014, Steve Inskeep, del programa “Morning Edition” de NPR, hizo un reportaje desde un edificio que remodelé en 1997. El refugio también funcionó a lo largo de los años con Texas Conference of Churches in Austin, Texas; Proyecto Libertad en Harlingen, Texas; los Ministerios de los Buenos Samaritanos de Southwest en Los Fresnos, Texas, y de otros más. Las comunidades de fe han demostrado tener más impulso que los grupos de derechos humanos, pero los dos deberían trabajar juntos siempre que sea posible. Cada uno tiene que aprender el lenguaje del otro.

Con los recientes éxitos de ISIS, las coaliciones basadas en la fe y las organizaciones de derechos humanos han venido cerrando filas en respuesta a los políticos que se apresuran a restringir el movimiento de los migrantes, los refugiados y los buscadores de asilo. Nuevas coaliciones han surgido y continuarán haciéndolo, según sea necesario. Se han llevado a cabo conferencias, se han

publicado libros, se han mantenido capacidades y se puede movilizar a mucha gente en poco tiempo. Es un llamado muy antiguo. Mucho antes de que hubiera escritura, se enseñó la Ley de Wadi. Sin embargo, en un mundo moderno o incluso posmoderno, necesitamos las imaginarias Cartas de Tránsito de las que tuvimos conocimiento en la película *Casablanca*. Son una invención hollywoodense, claro está, pero fácilmente podrían ser las nuevas visas que estamos buscando, con fe, perspectiva y un futuro político juntos.

Las congregaciones necesitan pastores, pero también seguidores. Las organizaciones necesitan miembros del consejo y actores clave. Algunas veces todo funciona y otras veces hay muchas cosas que se hacen pedazos. Fronteras Compasivas tuvo un ascenso increíblemente meteórico y un declive grave y desafortunado. Atribuyo la mayor parte del cambio en Fronteras Compasivas al liderazgo.

Elizabeth Ohmann estuvo con Fronteras Compasivas desde antes de su existencia. Ella formaba parte del personal de BorderLinks. Yo solía caminar por el estacionamiento para conspirar con mi hermana mayor en Cristo. Para cuando nuestro tiempo juntos terminó, estaba experimentando problemas de salud y comenzando a alejarse. Y con mucha mayor frecuencia, las hermanas en su orden llenaban formatos en su oficina del convento indicando sus deseos sobre muchas cuestiones. Durante años, Ohmann indicó que quería que yo predicara en su memorial en el convento en Little Falls, Minnesota. Había estado ahí antes y ella me mostró dónde estaría su última morada. Murió en 2014. Su ausencia fue enorme en Fronteras Compasivas. Fue muy fácil dar voz a la celebración de su vida y ministerio ante su comunidad y familiares. Había tanto qué decir. Ella era firme, tranquila, decidida y una oyente activa; casi siempre podía resumir los procedimientos del día con una frase contundente y no por ello dejaba de estar llena de esperanza. O bien, nos enseñaba el tipo de respuesta que todos deberíamos estar manifestando en el momento.

Tim Holt vivió y respiró Fronteras Compasivas desde el comienzo. Si había un evento, una reunión, una salida, ahí estaba. Pasó una cantidad impresionante de horas llevando los libros contables, organizando archivos e informes. Como ingeniero, pasó mucho tiempo haciendo que todo se uniera de manera firme cuando era necesario y contribuyó con sus manos habilidosas de

artesano con la tarea creativa de equipar nuestros camiones. Fue quien dio mantenimiento a nuestro taller. Aportó una voz fuerte, determinada y visionaria a Fronteras Compasivas. Lo enterramos en mayo de 2010.

Sue Goodman, mi exesposa, fue nuestra directora ejecutiva durante casi una década. Personificaba a Fronteras Compasivas. Llevaba una etiqueta adhesiva en la defensa de su auto que decía “Sra. Fronteras Compasivas”. Era amiga, confidente, archivista, directora interna, coordinadora de los estudiantes del trabajo, gestora de oficina, organizadora, gestora de la base de datos y muchas cosas más. Con frecuencia me ayudaba con las personalidades de los medios. Su tía muy anciana en Texas requería cada vez más de su tiempo y atención. Solía viajar por semanas a Texas para proveerle el cuidado que necesitaba. Con frecuencia, esto dejaba a la oficina a cargo de becarios o voluntarios que tenían muchos menos conocimientos y habilidades.

Paul Fuschini fue nuestro vicepresidente durante años. Acumuló una gran cantidad de conocimientos sobre nuestras operaciones, representaba bien a la organización en reuniones y ante los medios. Hizo todo lo que pudo para mantener buenas relaciones con otras organizaciones, así como con la Patrulla Fronteriza y los funcionarios electos. Tras una década, Paul comenzó a tener limitaciones físicas que le impidieron dar tanto tiempo como durante la primera década de Fronteras Compasivas.

Me lastimé la parte superior de la espalda en 1993 y me volví a lesionar en 2003 cuando salté de un camión de agua. Equilibrar los deberes de Fronteras Compasivas con los deberes pastorales de la Primera Iglesia Cristiana y su agenda para remodelar sus instalaciones siempre fue un reto difícil. Con frecuencia me iba a casa y decía: “Ya no puedo seguir haciendo esto”. Sin embargo, continué hasta que fue momento de hacer otra cosa. La presencia de becarias como Sara Bollinger, quien estaba trabajando para obtener una maestría en la Universidad de Arizona, ayudó a mantener todo en orden.

Para no hacer el cuento más largo, comenzamos a perder a los directivos que se encargaban de hacer cumplir nuestras metas, valores, compromisos y conocimiento de cómo hacíamos las cosas. Antes de que todo comenzara a deteriorarse demasiado y cuando comenzábamos a visualizar una época en la

que ya no pudiéramos mantener el mismo nivel de operaciones, comencé a forjar un consejo de administración más amplio.

En mi opinión, fue un desastre. Muchas veces las opiniones no valen mucho, pero objetivamente puedo decir que las cosas comenzaron a cambiar. El consejo en realidad nunca estuvo realmente en funciones tal como no solo yo tenía previsto, sino también el grupo más amplio que se reunió para constituir el nuevo consejo.

Sin haber necesidad, y quizá tontamente, el consejo cambió la estructura de la organización de C4 a C3. El consejo dejó de ponerse en contacto con congregaciones locales y regionales que habían establecido patrones de ayuda para Fronteras Compasivas. No se hicieron esfuerzos para continuar el memorial ni la marcha para honrar a los migrantes. Nadie estuvo dispuesto ni pudo asumir el rol de estar disponible para los medios, lo cual había sido un sello característico de la organización durante más una década. Se dejó de invitar a los grupos de voluntarios para que acudieran a Fronteras Compasivas, lo cual acabó por cancelar uno de los ideales principales de su fundación: relatar la historia de la difícil situación de los migrantes lejos de la frontera a fin de que otros pudieran defenderlos.

En relativamente poco tiempo, Fronteras Compasivas dejó de responder las llamadas, los correos electrónicos y la correspondencia con prontitud. La energía se había ido. Los líderes del grupo y las personalidades de los medios me llamaban con frecuencia para quejarse y todo lo que podía hacer era remitirlos a una persona específica o decir: “Siga intentando”.

Se suscitó un problema importante cuando Fronteras Compasivas todavía se encontraba en la Primera Iglesia Cristiana. El Consejo de la Iglesia elaboró un Memorando de Entendimiento entre FCC y Fronteras Compasivas simplemente para mantener a ambos consejos informados de las relaciones formales, que proporcionaba la FCC. Entonces, el presidente de Fronteras Compasivas, Felipe Lundin, agravó profundamente al Consejo de la Iglesia cuando su respuesta fue la de agradecer, sin más ni más, a FCC por proveer servicios de asistencia, y nada más, a las oficinas. El Consejo de la Iglesia de la FCC escribió otra carta. La respuesta de Felipe fue torpe de nuevo.

No More Deaths absorbió a algunos de los voluntarios de Fronteras Compasivas, así como al personal operativo, para colocar agua en el Refugio Nacional de Vida Silvestre Buenos Aires, y se enorgulleció de incluir a Fronteras Compasivas como partidario de esas acciones en aquel Refugio Nacional. Me alegré de ayudar a detener aquella insensatez.

Poco después, Fronteras Compasivas se mudó a su ubicación actual. La organización cambió de manera considerable. Es una sombra de lo que fue. Tiene una nueva forma de organización y un consejo que carece de memoria institucional. La organización opera muchas menos estaciones de agua y rara vez aparece en los medios, además de haber perdido en buena medida el prestigio del que alguna vez gozó.

A medida que Fronteras Compasivas iba en declive, otros grupos crecieron. Los Samaritanos crecieron. Me dio gusto participar en la fundación de los Samaritanos. Rick Chase nos invitó a Sue Goodman y a mí a comer un día en el Time Market cerca de la iglesia. Nos invitaron a ayudar con la fundación de No More Deaths. De inmediato rechazamos la oferta indicándole que ya era suficientemente difícil evitar que los Samaritanos pusieran en riesgo nuestros permisos federales para operar estaciones de agua sin además apoyar a una organización que con base en su descripción iba a “dar un paso más allá”, “hacer ruido” y a convertirse en un movimiento de resistencia. Ya es suficientemente difícil ser persona enterada/ajena en el discurso, sin además tratar de ser un proveedor de servicios/crítico.

Se necesitan otros grupos de derechos humanos y proveedores de servicios. La misión de proveer ayuda humanitaria a los migrantes que arriesgan sus vidas cruzando la frontera no se acabará. La misión de proveer defensoría para cambiar las leyes que ponen en riesgo a los migrantes no se acabará en el futuro predecible. Me sentí alarmado de ver un libro que se publicó recientemente en Inglaterra con el título *Post-Humanitarian Border Politics*. Todavía no puedo imaginarme una era post-humanitaria. Por suerte, la gente buena y con altos valores morales en lugares como Tucson, donde las necesidades son tan grandes, pero también a lo largo de toda la frontera, continuará estando a la altura de las circunstancias y formando grupos y organizaciones, pronunciando las palabras que hay que decir en voz alta mientras se observa en retros-

pectiva la larga y rica historia de activismo y servicio de las comunidades de fe, y se espera con ansias un futuro en el que se imagine que lograr un Imperio bondadoso –si es que eso es posible– se convierta en la próxima meta. La geopolítica siempre cambia. Algunas veces la vida de un migrante puede hacer toda la diferencia. Ya ha sucedido antes.